

imágenes sueltas, con referencias intelectivas, escritas dentro de un régimen retórico que imita al lenguaje poético. Muchas estrofas pueden ser reducidas a afirmaciones y juicios en prosa sin que nada del contenido se pierda.

No sólo el contenido puede ser reducido a esquemas conceptuales, sino aun la forma. La adjetivación es generalizadora y abstracta: "mortal, lívida, celestial, prisionera, pura, verdadera, dulce, enamorada, entera, etc.". Muchos sustantivos a los cuales concede primacía, aluden a objetos poéticos mantenidos en su rigidez de museo estético, e incluso a sustantivos de escaso contenido específico: "sangre, venas, hogueras, horizonte, canción, eco, vida, muerte, nombre, boca, torso, floresta, senda, luna, mar, mirada, espuma, ribera, etc.". Considerados como "sésamo, ábrete" de la poesía, estas palabras han hecho las delicias, en sí mismas, de las más variadas formas de romanticismo desde hace bastante tiempo, y siguen haciendo las de Chela Reyes. *Elegías* es, en este sentido un viaje diletante por todo "lo ya reconocido como hermoso". La poetisa no se aventura, no osa correr ninguno de los riesgos de la auténtica poesía.

A veces pareciera que las imágenes que la autora tiene o ha tenido en su mente, han sido hermosísimas. Pero fracasa en sus desesperados intentos para darles expresión. Incluso el más minucioso virtuosismo y el más complicado retorcimiento del lenguaje, resultan ineficaces; a veces, tal vez porque se entusiasme demasiado en el detalle: por inscribir lo mínimo, pierde de vista lo máximo y la imagen se desintegra en sus partes analíticamente estudiadas.

En todo caso, se respira en *Elegías* una calidad y un esfuerzo sincero por alcanzar la forma bella que permiten leer sin desagrado el conjunto de poemas. Más aún, hay versos y estrofas enteras que alcanzan semejanza poética.

JAIME GIORDANO

<https://doi.org/10.29393/At402-126EPFO10126>

*La Evolución poético-sentimental de Cecilia Casanova — Como lo más solo —
De cada día — Los Juegos del Sol.*

La expresión sentimental de lo humano ha conocido muchos medios, muchos vehículos de comunicación social, que de acuerdo con su mayor o menor perfección han revestido asimismo, mayor o menor trascendencia, traducándose esta en la comprensión y en la vibración que experimentan los individuos frente a las ideas del autor, frente a su expresión estética, frente a su mensaje humano. Entre estos medios encontramos, histórica y actualmente, dos que son particularmente comunicativos, que divulgan aquellos sentimientos fundamentales del autor con una singular vivacidad, con una especial nitidez, y son ellos, la música y la poesía.

Nos referiremos en esta oportunidad a uno de estos medios y a un autor: la poesía de Cecilia Casanova, la expresión sentimental de un alma noble,

la vibración intelectual de un artista que cuando poéticamente nos llega muchas veces creemos oír música.

El camino espiritual que ha recorrido el verso de Cecilia Casanova no es sencillo de exponer, pues en él se combinan una variadísima gama de sentimientos y un caudal de bellas figuras imaginativas que hacen del todo un conjunto de armonioso arte, una manifestación de la esencia de su personalidad; podría decirse, sin temor a exageraciones, que la evolución poética de Cecilia Casanova es el mejor reflejo de su propia evolución psicológica.

La actividad poética de Cecilia Casanova ha sido continua desde su juventud pero no así sus publicaciones; esto nos facilita enormemente el análisis que pretendemos realizar pues cada una de sus obras ha sido la síntesis de un período de su vida, ha sido la expresión definitiva de aquello que durante largos años se desarrolló en su espíritu, maduró y dio lugar a una nueva etapa de su visión intelectual. Así podremos encontrar notables diferencias entre su primera obra —*Como lo más solo* (1949—, que representa la ansiedad de una juventud, y la obra que le siguió —*De cada día* (1958)— que ya representa el proceso de su madurez; y también notables cambios encontraremos en su última publicación —*Los Juegos del Sol* (1963)— que representa la síntesis de los contrastes anteriores —juventud, madurez—, obra publicada en Caracas en la connotada colección *Lírica Hispana*, con los auspicios del crítico Tomás P. MacHale.

¿Quién puede dejar de recordar aquellos veraneos de juventud en que muchas veces la soledad azotaba inmisericorde los traviesos espíritus adolescentes? ¿Quién, aquellos pensamientos de incompreensión de que se cree ser víctima en esa etapa de la vida? ¿Quién, los primeros amores abriendo un mundo de sufrimientos silenciosos, un mundo romántico, un mundo de sueños? Estos sentimientos, esporádicos para algunos, permanentes para Cecilia Casanova, se gravaron en su espíritu con una fuerza indescriptible, con un arraigo sobrecogedor y fueron estos sentimientos, pulidos brillantemente por su pluma, los que dieron luz a *Como lo más solo*. El título escogido por nuestro autor es por de ya revelador de las impresiones que en su contenido se recogen; la dedicatoria, novedosa y sincera, nos lo confirma al decir: "Qué constante has sido soledad para conmigo. Cómo no he de quererte".

Como lo más solo refleja perfectamente aquella etapa de la vida de Cecilia Casanova en que el espíritu lucha contra el medio impuesto, pero también, en la misma lucha nace un amor que va adaptando recíprocamente al espíritu y al medio, de tal manera que en breve lapso llegan a ser inseparables; este proceso fue el vivido por Cecilia Casanova en su adolescencia: aquel juvenil espíritu inquieto luchando desesperadamente contra la soledad impuesta por rigurosas costumbres sociales, y a la vez que luchando se va amando y Cecilia Casanova terminó enamorada de aquella soledad, repugnante en un principio, maravillosa luego. *Como lo más solo* es un templo que Cecilia Casanova erige a su más constante compañera de juventud: la soledad:

*Soledad, ¿ya no te acuerdas?
Yo fui tu amiga.
Te buscaba en las noches estrelladas,
Te llamaba en las tardes encendidas.*

Este hecho aparentemente podría no tener mayor trascendencia que la de un bello recuerdo nostálgico llevado al campo de la poesía, mas este proceso vivido por Cecilia Casanova encierra un profundo significado que es decisivo en su evolución poética, que es elemento primordial en la gestación de las obras venideras: en aquel su solitario mundo Cecilia Casanova adquirió una particularísima visión de este bullado nuestro, aquella soledad le dio una fuerte estructura ideológica a fuerza de meditaciones, pensamientos, ideas y sueños, aquel aislamiento desarrolló su imaginación en forma prodigiosa, dando lugar a un conjunto de originales imágenes que se observan en cada página de su producción literaria.

Todo este panorama hizo que Cecilia Casanova al romper su adolescencia solitaria observara el mundo con una infinita alegría, con una esplendorosa belleza, con una pasión por conocerlo todo, con una sinceridad y un goce abismante; esta explosión espiritual de Cecilia Casanova no se habría producido de no mediar aquellas especiales circunstancias de su adolescencia y, en consecuencia, sus obras no habrían tenido el significado particular que hoy tienen, no habrían sido el reflejo de una bella evolución poética con que hoy día nos deleitamos; por ello decíamos ser su soledad determinante.

Es este sentimiento de fascinación ante un mundo novedoso y desconocido el que inspira la segunda obra de Cecilia Casanova, *De cada día*. Aquí ya no hay nostalgia, no hay soledad, ni ambientes tristes, ni lluvias frías, hay por el contrario, alegría desbordante, amistad plena, felicidad, días de sol. Todo es amor en esta obra de Cecilia Casanova: amor por la naturaleza, amor por la humanidad, amor por el hogar, amor maternal, amor por la vida; hay una expansión sublime de su espíritu que corre por el universo entregando un mensaje de madura alegría; dejémosla que su música poética, que su poesía musical, nos lo diga por sí sola:

*De la mano de la flor más simple
caminó el universo.
De par en par abierta en mi horizonte.
Dándome al mundo.
Gustando la existencia
La alegría es un racimo
de uvas en mi boca.
De niños apretados a mis pechos.*

El contraste entre esta obra de Cecilia Casanova —*De cada día*— y la que anteriormente comentáramos —*Como lo más solo*—, es verdaderamente fuerte; es más que el contraste de ideas de juventud frente a ideas de madurez, más que el contraste de ambientes, es el contraste supremo entre dos formas de mirar la vida: una visión de juventud esencialmente pasiva

y una visión de madurez esencialmente dinámica, una triste y la otra alegre, una oscura y la otra luminosa. Si no supiésemos con certeza que la obra poética de Cecilia Casanova es fruto de su propia evolución psicológica, podríamos creer que ambas obras fueron escritas con el propósito de contrastar, como una ficción literaria de contraposiciones y si esa hubiese sido la intención jamás podría lograrse una perfección tal, como la que nos presenta esta evolución inconsciente y maravillosa de nuestro autor.

Al leer *Como lo más solo* uno se ve embargado por un sentimiento de tristeza, de abandono, de soledad y de nostalgia; el lector es a la vez protagonista; al leer *De cada día* pasa lo contrario, uno se siente alegre, acompañado, optimista; el lector también se convierte en protagonista. De lo expuesto la deducción es clara: las obras de Cecilia Casanova son esencialmente comunicativas, transmiten con increíble facilidad el sentimiento del autor al lector, lo envuelven y lo hacen vibrar con la misma intensidad con que podría hacerlo el recuerdo de su propia experiencia. El verso de Cecilia Casanova es un modelo de comunicación intelectual.

Como todo proceso en que interviene una tesis y una antítesis, juventud-madurez, tristeza-alegría, surge también una síntesis y está en la evolución poética de Cecilia Casanova, recién acaba de aparecer: *Los Juegos del Sol* (Colección Lírica Hispana, Caracas, 1963). Aquí ha terminado un nuevo período en la evolución de Cecilia Casanova: el período de la alegría, *De cada día*, pero no ha terminado para volver a un plano triste, ha terminado, precisamente, para dar lugar a la síntesis. Ya no encontraremos una oscura visión de juventud, ya no encontraremos una alegría desbordante que signifique romper con lo anterior, encontraremos una visión mesurada y precisa, de gran seriedad intelectual, en lo que respecta al camino ya hecho por Cecilia Casanova; así tenemos una visión retrospectiva de la juventud en que se da paso a un gran sentimiento de comprensión, a un sentimiento de simpatía hacia aquella época que en su momento fue dolorosa pero que hoy día, en *Los Juegos del Sol*, se comprende su belleza y su necesidad; tenemos también una nueva visión de aquel período de la alegría sin límites, en que ya no es el afán de conocer nuevas fronteras el que prima, no es la idea de romper con lo anterior la que muchas veces impulsa, hay ya, en *Los Juegos del Sol*, un afán de comunicar la felicidad a los semejantes, un afán de interpretar la vida con belleza, estética e intelectual, un gran impulso de perfección en todos los planos que hace de esta obra, a la vez que síntesis, el inicio de un nuevo período poético-sentimental para Cecilia Casanova; se puede decir que esta síntesis es una nueva tesis para un camino de esplendor en cuyos primeros tramos se va adentrando ya Cecilia Casanova. Escuchémosla:

*Esta mañana se concentraron los pájaros
en mi ventana.
Cantaban todos a la vez
sin ponerse de acuerdo.
Los oía apenas,*

*cubierta con las sábanas
y esa tristeza que me quedó de anoche.
Indefensa, en posición de nacer,
Añoro esa amplitud
que me hincha a veces
como a las palomas.*

Ralph W. Emerson escribía en una ocasión: "La poesía es el esfuerzo continuo para expresar el alma de las cosas, ir más allá del cuerpo bruto y buscar la vida y la causa que la hace existir". Esta ha sido la labor permanente de Cecilia Casanova.

FRANCISCO ORREGO VICUÑA.

El retorno de los brujos, de LOUIS PAUWELS y JACQUES BERGIER
(Le matin des magiciens). *Introducción al realismo fantástico*.
Plaza & Janés, Barcelona; 1ª, 1961; 2ª, 1962
(Original, Gallimard, 1960)

Un día los surrealistas quisieron cambiar la vida y transformar el mundo. Ese espíritu les movía en nombre de Rimbaud y de Marx. Sólo revelaron, a través de nuevas técnicas literarias, hondas ansias del inconsciente colectivo de la raza humana; ellas nacieron el día en que quedó Adán separado del Paraíso, y tal vez provocaron la extinción de hiperbóreos, lemurianos y atlantes.

En nuestra década del 60, ese movimiento del alma se llama *realismo fantástico*. Es de buena cepa francesa y por eso excelente. Es una posición ante el futuro que nos aguarda, enigma del cual se está oyendo hablar desde el día que nacimos, con aquellos lenguajes ostentosos de crisis mundial, caos del siglo, umbrales de apocalipsis. Un signo se alzó como un hongo siniestro para poner en la picota toda nuestra suficiencia de civilizados: la bomba atómica. El realismo fantástico nos trae una visión distinta del exacerbado terror de las radiaciones. Un optimismo singular avienta el aire que respiramos con brisas de sentido común y esperanza. Acaba con el monstruo filosófico de "la decadencia de Occidente".

No considero que ese ánimo se funde en el mito del progreso indefinido de las ciencias sino en una fe laica en la naturaleza creadora, cuya expresión más alta es el hombre. Esta fe contiene un sentido cósmico de la vida y en este orden alcanza una comprensión real en el seno del cristianismo. Es aquí donde Tailhard de Chardin tiene la palabra.

El realismo fantástico quiere ser una nueva disciplina del pensamiento para alcanzar una lucidez distinta a los postulados que siempre nos han limitado entre las márgenes de la razón. Su fundamento —me parece— es un principio poético: no rechazar los hechos extraños al control de los métodos científicos y mirarlos con todas las posibilidades de la imaginación. Esta "loca de la casa" asaeteada por la intuición es capaz de ver, y ningún descubrimiento de la naturaleza ni de la creación artística ha sido posible sin sus claridades. Nada llegará jamás a la inteligencia sin una anticipación imaginativa. El que no entienda esto se verá condenado a contar con los dedos el